

BENJAMIN, AVISADOR DEL FUEGO

Manuel Reyes Mate

1. Tiempo y lugar

Hablar de Benjamin en Port Bou obliga a mucho. Aquí se interrumpe el tiempo de su vida y, de acuerdo con su filosofía, sería un lugar y momento adecuado para leer su obra. Aquí se apaga su vida y se enciende su obra, una obra celosamente protegida por el autor en vida (fue muy poco lo que publicó en vida), que tardó en darse a conocer y que hoy ilumina el siglo veinte. Ilustrativo es en este sentido el destino de sus Tesis, uno de los escritos de mayor impacto en el siglo XX: no lo consideraba maduro para su publicación. Cuando aparecen, después de su muerte, sólo encuentran indiferencia y hoy nadie que las frecuenta puede desprenderse de ellas.

2. El personaje

Benjamin, hoy considerado un autor de culto, pasó como de puntillas por la vida académica. No brilló como los grandes nombres de la Escuela de Frankfurt, tales como Horkheimer, Adorno, Tillich. Asumió someterse a sus dictados para publicar en la revista de Institut; encajó con deportividad los pescozones que le propinó “Wiesenthal”; imploró la ayuda de becas que no llegaban; le rechazaron por confuso su trabajo de Habilitación... es decir, interiorizó tanto su condición de perdedor que lo elevó a seña de identidad propia tal y como consta en el *curriculum vitae* que presentaba en las instancias oficiales: "Encontré en Dinamarca un techo provisional en casa de una familia amiga, la de Brecht. Sólo pude aceptar su generosa oferta por un breve tiempo. Por lo demás, carezco en absoluto de posibles. Sólo poseo una pequeña biblioteca de trabajo que ha encontrado cobijo en la casa de Brecht. Me he permitido exponer esta situación ante el comité de ayuda con la esperanza de que Vds. puedan aliviar mi situación actual. Quedo a su disposición para cualquier otra información. Atentamente, W. Benjamin” (*curriculum* presentado al Comité danés de ayuda, el 4 del 7 de 1934).

La imagen existencial que transmite es la de una gran fragilidad: frágil físicamente, de ahí la desazón de quienes le acompañaban en la paso clandestino hacia Portbou; frágil también intelectualmente: poca obra publicada, sin género definido, enredado en cuestiones fundantes sobre las que no disponía siempre de la erudición requerida, más pensador que conocedor... Todo apuntaba a un aficionado o “ensayista”, género que entre nosotros goza de cierto prestigio pero no en la Alemania de los grandes especialistas, también en el área de las ciencias del espíritu

Pero esa es una falsa impresión o imagen, porque lo que hay detrás de todo eso es la vocación de un intelectual radical. Por “intelectual” entiendo lo opuesto al erudito, al superespecialista, al filósofo de gabinete que escribe mirando a la pared en vez de hacerlo mirando a la calle. Él quiere hablar libremente a sus contemporáneos, con conocimiento de causa, de los temas de su tiempo, para liberarles de ataduras muchas veces irreconocibles. Si a los demás les interesa el conocimiento, a él la verdad, una distinción fundamental en su obra.

Por “radical” hay que entender lo que decía Marx: alguien que va a las raíces y la raíz es el hombre. Por eso su pensamiento es tan transgresor: desmonta historias canónicas, deshace tabús, cuestiona conocimientos intocables...en una palabra “cepilla la historia a contrapelo”. La verdad no circula a favor de la corriente sino remontándola, aguas arriba.

Podríamos arriesgar algunas pinceladas de este intelectual radical. Decía, en primer lugar, que “la verdad brilla en un momento de peligro”. Y a él se expuso para entender su tiempo. Cuando ya se encuentra en Francia exiliado y aumenta el peligro nazi, los amigos le reconviene para que venga con ellos a los EEUU. Su respuesta es negativa: “todavía hay muchas batallas que librar en Europa”. Quería mirar de frente a la Gorgona para arrebatárle el secreto. Aguantó tanto que no pudo librarse de ella. Y sucumbió.

Es muy consciente, en segundo lugar, del fracaso de su generación, “la más desgraciada de la historia” porque no supo atajar a tiempo el peligro del fascismo y el comunismo. Esa generación tuvo que asistir impotente al pacto entre Hitler y Stalin, lo que significaba de hecho el triunfo de fascismo.

Pues bien, Benjamin, en lugar de sumergirse en la melancolía, busca, cuando era medianoche en la historia, razones para la esperanza, aún sabiendo que si la hay no será para ellos sino para nosotros: “sólo para los desesperanzados nos es dada la esperanza”.

Es, en tercer lugar, un pionero que rompió moldes. Entendió que la I Guerra Mundial suponía el fracaso del proyecto ilustrado y había que pensarlo de nuevo, teniendo en cuenta su fracaso. No tenía sentido repetir lo dicho. Esto tiene actualidad. El domingo pasado Juan Luis Cebrián y Bernard-Henry Lévy hablaban del neo oscurantismo en occidente y reclamaban la vieja medicina: volver a leer a Voltaire. Eso es repetir y no pensar de nuevo. El gesto de Benjamin es bien diferente. En su Primera Tesis, la programática, se propone repensar el proyecto ilustrado cuestionando el punto de partida de la primera ilustración: la relación volteriana entre razón y religión. Él, un seguidor del marxismo, propone un pacto entre el materialismo histórico y el mesianismo y esto “en provecho de la política”.

Los viejos del lugar pusieron el grito en el cielo: el judío Scholem decía que se entregaba al marxismo; y el comunista Brecht, que se perdía en el misticismo. Pero él sólo quería dar a la razón ilustrada una nueva oportunidad.

En cuarto lugar habría que colocar su modo de concebir la izquierda. Era un hombre de izquierdas muy singular: crítico radical del progreso, santo y seña de la modernidad. No hay que confundir el progreso técnico con el moral; crítico radical del comunismo, por traidor, y de la socialdemocracia, por abandonada. Un marxista que pone el centro de gravedad en el *Lumpen* y no en el *Proletariat*. Elabora así la figura del “trapero”: lugar privilegiado para entender el capitalismo consumista y también para su terapia.

Si Marx quiso dar una respuesta al capitalismo del siglo XIX, Benjamin se enfrenta al del siglo XX, fundamentalmente consumista. De ahí la figura del trapero.

Resumiendo: hizo del “cepillar la historia a contrapelo” el ideario de su obra. No se trata sólo de ir a contracorriente o de transgredir el pensamiento políticamente correcto. Benjamin no era el Unamuno que entraba desafiante en las reuniones diciendo “yo estoy

en contra". Se trata con esa expresión de entender bien lo que significa pensar. Descartes decía que "penser c'est dépendre": desprenderse de lo ya dicho, no repetir, ir más allá. Todo lo contrario de lo que hoy ocurre con los articulistas o tertulianos. Basta saber dónde están o escriben para saber lo que piensan. No sorprenden porque no saben sorprenderse. Son predecibles.

Tenía muchos amigos incompatibles entre sí. No podía citarse al tiempo con Brecht y Scholem. Mostraba interés especial por el pensamiento conservador (Schmitt, Jünger, Sorel): por sus reacciones calibraba el valor de sus propuestas. Valoraba una propuesta de izquierdas no por el entusiasmo entre los progresistas sino por la preocupación que causaba entre los conservadores.

3. El aviso de incendio

Estos datos de la biografía intelectual del personaje me parecen imprescindibles antes de acometer el tema central de esta conferencia: el avisador del fuego.

Benjamin muere en 1940 y parece que ha conocido el desarrollo de la guerra. Pero entre 1939 y 1945, está 1942. En eso parece que adelantó lo que venía. Kafka decía que los artistas son como un reloj que dan la hora por adelantado. Pues eso vemos en Walter Benjamin.

¿Qué fuego anticipó? En primer lugar, el progreso como catástrofe. Fue un gran entusiasta del progreso. Nadie saludó como él la irrupción de la técnica, pero pronto descubre su ambigüedad: relación con la humanidad. Luego pone en relación al fascismo con el progreso. Tienen en común la normalidad con la que justifican la generación de víctimas para el logro de sus objetivos, ya sea un mundo mejor para los descendientes o la salvaguardia de la pureza de la raza.

En segundo lugar, la revolución como interrupción. La suya fue una generación pronta a la revolución de izquierdas o de derechas, que no escapó al totalitarismo. Todos entendían la revolución como aceleración del tiempo. Recordemos la fórmula de Lenin: la revolución es soviets más electrificación. Es la fórmula de la China actual. El tiempo de esa revolución es el tiempo, unidad de producción y de riqueza. Nosotros podemos hacerlo más rápidamente. Y como el tiempo es inagotable y salvífico, acabaremos ganando al capitalismo.

Benjamin propone otra forma de revolución: la interrupción de la lógica progresista con la que se construye la historia: "Marx dice que las revoluciones son las locomotoras de la historia universal. Pero quizá sean las cosas de otra manera. Quizá consistan las revoluciones en el gesto, ejecutado por la humanidad que viaja en ese tren, de tirar del freno de emergencia". Es una fórmula que nadie la ha querido experimentar. Hay ahí una concepción apocalíptica del tiempo (que el tiempo es limitado) y una conciencia de pérdida de experiencia. El objetivo es romper una lógica histórica que viene de atrás y que se plantea conquistar el futuro sobre víctimas. Sobre esa lógica proyecta su mirada aterrorizada el ángel de la historia de la Tesis Novena.

Notemos esta paradoja: el Walter Benjamin que predica la revolución como interrupción es invocado por el mayo del 68, que dice inspirarse en el marxismo y que

es implacablemente crítico con el comunismo, pero que comparte la filosofía marxista de la historia que Benjamin cuestiona. Confunde a Benjamin con el Che, sin haber entendido la crítica de la violencia en política que plantea Benjamin.

4. La izquierda y Benjamin

El legado de Walter Benjamin está a disposición de la izquierda que se ha quedado sin discurso a lo largo del siglo XX. Tras el fracaso de las estrategias revolucionarias, la izquierda occidental opta por el reformismo que el capitalismo acepta hasta que cae el muro de Berlín. Ahora, sin peligro rojo a la vista, resulta que el estado de bienestar es caro y no competitivo. El resultado real es una galopante despolitización de la política, un pragmatismo de andar por casa, que no se ha conmovido con la crisis actual, a pesar de su severidad.

Para que su propuesta innovadora (la revolución como interrupción) llegue a generaciones más clásicas (que relacionaron revolución con justicia), hay que aclarar la relación entre interrupción y justicia. Veamos. La interrupción se refiere a la lógica del progreso que funciona sobre la inevitabilidad del sufrimiento de las víctimas. Interrupción de esa lógica significa política sin víctimas. Repensar la relación entre política y violencia invita a pensar la política como duelo por el sufrimiento causado y la deuda con generaciones anteriores. Aparece el concepto de responsabilidad histórica.

Esta estrategia plantea una revisión profunda del concepto de política, como hemos visto, y del de justicia. La justicia no se refiere sólo a la distribución de la riqueza. La justicia tiene que ser respuesta a la injusticia. Y Benjamin se disfraza de detective que va identificando toda suerte de injusticias: las lingüísticas, incapaces de nombrar las cosas; las históricas, que nos hacen responsables de lo que no hemos hecho pero que hemos heredado; las que hemos borrado del mapa porque han prescrito o porque son irreparables.

Nadie ha esbozado un proyecto de justicia tan ambicioso como Benjamin. Si ésta quiere ser universal, como hoy todo el mundo reconoce que tiene que ser, entonces tiene que ser global en el espacio, es decir, declararse competente ante las injusticias fuera de nuestro territorio y global en el tiempo. Las víctimas pasadas sobre las que hemos construido nuestro bienestar también exigen justicia. Esas injusticias pasadas son actuales gracias a la memoria. Estamos abocados a hablar de memoria histórica

También la ética queda afectada por esta crítica a la lógica del progreso. Las éticas modernas son éticas de la autonomía, basadas en la buena conciencia o en el reconocimiento de la igualdad en dignidad. Pero esto no se sostiene. Esto cayó en Auschwitz. Desde entonces el sujeto moral se constituye cuando nos asalta el otro. Tiene que ser una ética de la compasión. Y ahí está el aviso: una ética kantiana es impotente ante la barbarie de Auschwitz.

5. Los límites del aviso

Benjamin vio mucho pero no acertó: habló de crímenes políticos y lo que ocurrió fue el crimen contra la humanidad; anticipó los campos de concentración, como lugares políticos, pero lo que sobrevino fue el campo de exterminio... Por eso no basta volver

literalmente a Benjamin: algo ha ocurrido después de él que obliga a leerle de una manera distinta. ¿Qué ha ocurrido? Que lo impensable ha tenido lugar y eso es lo que da que pensar. Tenemos que relativizar nuestra capacidad cognitiva (recuperar la distinción benjaminiana entre conocimiento y verdad) y colocar a la memoria como principio del conocimiento.

La irrupción de la memoria como categoría central de la política o de la moral no tiene que ver con algún *revival* del romanticismo. Tiene que ver con los límites del conocimiento. Auschwitz no fue pensado y tuvo lugar, por eso se convierte en lo que da que pensar. Ese es el lugar de la memoria.

Benjamin no llegó a prever la barbarie que supuso el holocausto. Pero su teoría de la historia como memoria, expuesta a lo largo de sus tesis, nos ofrece los mejores instrumentos para desarrollar racionalmente el deber de memoria.

6. La actualidad de Benjamin

Quisiera terminar subrayando dos tesis benjaminianas de indiscutible actualidad: a) que la memoria de la injusticia o, como decía Adorno, que dejar hablar al sufrimiento, es la condición de toda verdad. La verdad es del orden de la escucha más que de la visión. Y b) que "los jueces sois vosotros". Quien lo escribe es Primo Levi, que seguramente no había leído a Benjamin pero que sí había reflexionado sobre el sufrimiento en Auschwitz. Lo que sabía era que no hay justicia sin memoria, ni memoria sin testigos que lo recuerden. Cuando falten los testigos directos, otros tendrán que recordar para hacer justicia y para que el crimen no se repita.